



Byron

GIUSEPPE TOMASI
DI LAMPEDUSA

Byron, como Moctezuma, no detestaba a las tigresas: herido en dos ocasiones por los cuchillazos de Margherita, enfermó «más por las carcajadas que por las heridas».

NORTESUR

“A HORA”, *adesso*: con esta indicación inequívoca, que tiene tanto sentido como sonido, empieza el príncipe de Lampedusa el capítulo sobre Byron de su *Letteratura inglese*. La palabra inmediatamente anterior era un nombre propio, “Wordsworth”, con el que terminaba el capítulo sobre Coleridge. En el capítulo siguiente, dedicado a Shelley, Lampedusa dirá que su simpatía por los ingleses no le impide darse cuenta de cualidades como el *self-contentment* que reducen su admiración. “Ahora mi cometido se torna peligroso”: en muchos aspectos, Lampedusa escribe tanto sobre la literatura inglesa como sobre la ética de la literatura. Que dedique el doble de espacio a la vida de Byron que a sus obras —que afirme, incluso, que su vida es más importante que sus obras— podría demostrarlo si no fuera porque el espacio que le dedica a las obras es tanto una intuición como el fruto de la experiencia literaria: *Where thoughts serenely sweet express / How pure, how dear their dwelling-place*, si podemos decirlo con algunos de los versos de Byron a los que Lampedusa remite.

Cincuenta años después de sus lecciones, la estimación de Byron es probablemente menor que la que tenía para los contemporáneos de Lampedusa, aunque, en lo esencial, la justicia poética siga siendo la misma y no haya variado respecto a la que un juez como Matthew Arnold dictara cincuenta años antes. Una de las razones por las que editar por separado el capítulo sobre Byron de *Letteratura inglese* resulta acertado tiene que ver, precisamente, con Arnold, que fue el primero en distinguir con nitidez,

mediante su *criticism of life*, lo que podía salvarse de Byron y lo que podía dejarse tranquilamente en el olvido. En ambos casos (en la selección de Arnold y en la selección de Lampedusa) se trata de una decisión que tiene que ver con el sentido de la lectura misma de la poesía y su interpretación. En comparación con la poesía, la lectura y la crítica corrían el riesgo de convertirse, en opinión de Arnold, en *charlatanism*, y no es un azar que Lampedusa lamentara su propia *garrulità* en las páginas que le dedicaría al autor de *Cultura y anarquía*. El cometido del crítico se torna peligroso cuando tiene que hablar de un poeta como Byron, y Lampedusa advertirá, adelantándose a las objeciones, que este libro/capítulo ha estado mal planteado desde el principio y peor desarrollado.

Sin embargo, que Lampedusa saliera indemne del peligro que la lectura de Byron entraña, igual que en su momento lo hiciera Arnold, es un motivo de gratitud para el lector de *Byron*: nuestra simpatía por la literatura inglesa y la poesía de Byron aumenta gracias a su interpretación y nos allana el terreno. Pero el crítico de Byron también puede correr el peligro que se cierne sobre su objeto y no sólo el que su objeto proyecta: el peligro de quedar obsoleto con su lectura, de que el modo de leer no trascienda el modo de escribir. “Las obras de Byron —escribe Lampedusa, y el énfasis que sigue es suyo—, que encarnaban plenamente el ideal romántico, pero que no lo superaban, quedaron ipso facto desvalorizadas”. ¿No puede ocurrir lo mismo con el lector de las obras de Byron?

GIUSEPPE TOMASI DI LAMPEDUSA, *Byron*, traducción de Romana Baena Bradaschia, cronología y bibliografía, de Domingo Rodríguez Romero, Nortesur, Barcelona, 2010, 92 pp. ISBN 978-84-937357-4-6. (‘Byron’, en *Letteratura inglese. L’Ottocento e il Novecento*, Mondadori, Milán, 1991.)



¿Cuál es el valor de lectura de las obras de Byron que pasa intacto al valor de la crítica? En parte ese valor reside en el hecho de que Byron no fuera un innovador formal, sino “un estilista del siglo XVIII”. Byron fue mucho más conservador en su obra que en su vida, y lo que con ello se pierde en popularidad se gana en fidelidad. Se trata de una fidelidad a la poesía como poesía, y en ello reside la verdadera actualización de su valor. Arnold o Lampedusa encarnan al crítico de la vida. Por comparación, las *Erläuterungen* heideggerianas buscan en vano lo que la poesía no puede ofrecer. La conversión de Hölderlin en profeta no es un destino preferible a la lenta purificación de la vida de Byron en poesía.

Antonio Lastra